

## CAPÍTULO XIX

ALBORNOCES ORIENTALES—LA CIUDAD DE TUXPAN—AZTECAS—INDIOS  
ACOMODADOS—QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARÁ LLORAR—GENTE  
ENDURECIDA—COMO SE CASTIGA Á LOS SANTOS—EN COMPAÑÍA  
DE UN CRÁNEO—CURACIÓN DE LA HIDROFOBIA—ANTIGÜEDADES.

EN Zapotlán vi por primera vez unas capas de invención primitiva para resguardarse de la lluvia, más ó menos comunes en el país, llamadas *chinas* ó *chinos*, *shirgos* y *capotes*, hechas con tiras de hojas de palma superpuestas. Se sujetan sobre los hombros á manera de abrigo y llegan hasta abajo de las caderas.



El autor cubierto con una china.

324

Úsanlas los indios de toda la tierra caliente occidental y los campesinos mexicanos, tomando con ellas curioso aspecto oriental. Investigaciones recientes favorecen la idea de que son originarias de la China. Por más de doscientos años hasta la independencia de México, existió un comercio muy activo entre Acapulco y Manila. Mr. W. Hough ha llamado la atención acerca del hecho de que por ese

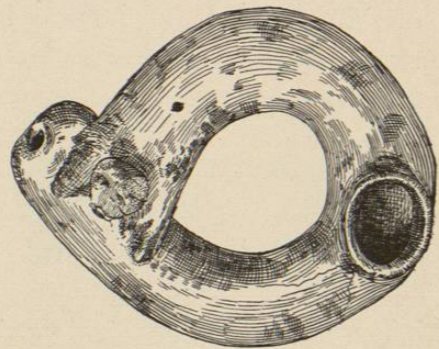
camino se introdujeron en América el cocotero, el plátano, el mango y otras plantas útiles de las Islas Filipinas, y que por su parte deben estas islas á México el agave, el nopal y la anana que proporciona la fibra para la tela de piña que ha dado fama á las Filipinas.

Se me ocurrió que con tres de dichos abrigos, uno sobre la espalda y otro en cada pierna, se podría andar á caballo perfectamente á cubierto de la lluvia, y llevé á ejecución mi idea con el mejor éxito. Púseme las chinas, á pesar de las risas que con ello provocaba á los mexicanos de las altas clases, que nunca hubieran consentido en usarlas. El *mackintosh* calienta demasiado y cualquier abrigo de lana se pone muy pesado con la humedad; mientras que los chinos son ligeros y frescos. Aun con las lluvias más fuertes y continuas se me deslizaba el agua como sobre un techo de paja; en suma, los chinos son los mejores abrigos contra la lluvia que se hayan inventado.

La ciudad de Tuxpan (en náhuatl, *Tuchtlan*, "donde hay conejos") se enorgullece con dos mesones, en el mejor de los cuales pusieron á mi disposición una pieza muy grande, polvosa y desatendida, con muchas imágenes de santos en las paredes. Era la sala y el único cuarto utilizable de la casa cuyos patrones se quedaban con sus animales en los corredores. Dormí espléndidamente á pesar de las chinches y el fuerte hedor del patio con su multitud de animales y charcos de agua fétida. Aunque las tres hijas del posadero eran agraciadas y podrían hacerme agradable el tiempo, mi estancia no me fue precisamente grata. El hijo de la casa padecía ataques epilépticos todos los días é iba quedándose idiota; el tiempo estaba húmedo y sofocante, y yo me sentía acalentrado; el nauseabundo olor del patio llenaba continuamente toda la casa y, para colmo de contrariedades, cuando acertaba á salir, tímidas mujeres cerraban furtivamente las puertas de sus casas.

En la tarde transitaba por las calles la población feme-

nina de la ciudad. Parecían, sin embargo, más bien monjas que mujeres aztecas, porque algún padre, sin duda, les habría enseñado que á Dios no le gustan las cabezas destapadas é inducídolas á cubrirse con un absurdo manto de lo más inatractivo posible. El único rasgo redentor de esas pobres mujeres es su limpieza, notable aun en las más pobres. Ni una sola mancha se ve en sus blancos *colotones* ó túnicas, y á lo menos una vez por semana, pero frecuentemente hasta tres, se baña cada mujer y se lava la ropa, inclusa la pesada enagua negra de merino. Es esto tanto más admirable cuanto que hay escasez de agua y necesitan sacarla de pozos de sesenta varas de profundidad.



Vasija de barro que probablemente representa una ardilla. De Zapotiltic, Jalisco. Anchura mayor, 28.7 cm.

Los aztecas son de mediana estatura, bien que fotografié á uno que medía cinco pies siete pulgadas. Son también más feos de lo que me esperaba; todas las muchachas que escogió el padre como las mejor parecidas para que yo las fotografiara, tenían manos y pies grandes. Deben de tener alguna mezcla de otra tribu, pues no se parecen mucho á los indios del Valle de México. El maestro de escuela me contó que los niños indios son más inteligentes que los otros alumnos, y que cuando alguno de aquellos comete una falta recibe su castigo con entereza sin negar lo que ha hecho, y tienen la peculiaridad, cuando están aprendiendo español, de hacer siempre masculinas las palabras femeninas y viceversa.

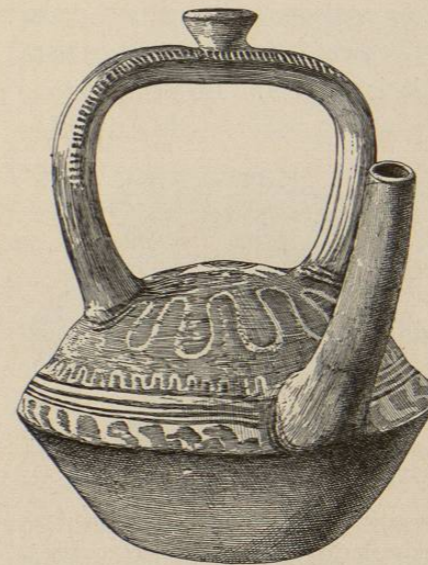
Gradualmente fue disminuyendo el temor de los indios hacia mí, al verme en relaciones con el padre y

un caballero mexicano que allí vivía. Ambos me ayudaron mucho con los nativos, y debo especial agradecimiento á Don Trinidad Cárdenas por muchos motivos. Poco á poco consintieron las indias hasta en ir á mi casa á venderme antigüedades y labores de mano, y pude adquirir una buena colección de hermosas fajas y cintas de varios dibujos que aun suelen hacer.



Cabeza de mono, de roca volcánica. De Tuxpan, Jalisco. Altura, 11.5 cm.

Entre las antigüedades que recogí se cuenta una hermosa vasija bruñida, de forma rara, provista de amplio mango hueco y espita. Está pintada de rojo con dibujos blancos, el principal de los cuales lo tiene arriba, consistente en la sección cruzada de una concha. Una vasija semejante se encontró posteriormente en Uruapan, Michoacán.

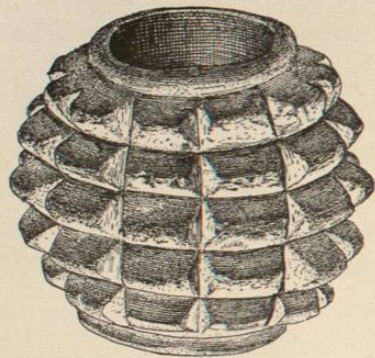


Antigua tinaja de barro con mango y espita. De Tuxpan, Jalisco. Altura, 23 cm.

Las antiguas cabezas de macana cuyos grabados doy aquí son también muy interesantes por ser casi idénticas á las usadas todavía en algunas partes de la Nueva Guinea británica. La de nudillos se encuentra con mucha frecuencia en las inmediaciones de La Playa, donde obtuve igualmente una vasija de barro hecha en la misma forma.

Los indios siempre me pedían precios muy altos que iban bajando gradualmente para inducirme á comprar.

Aun en los casos en que no estaba dispuesto á comprarles lo que me ofrecían, tenía que elogiarlo y exponer algún pretexto plausible para no tomarlo, pues se hubieran

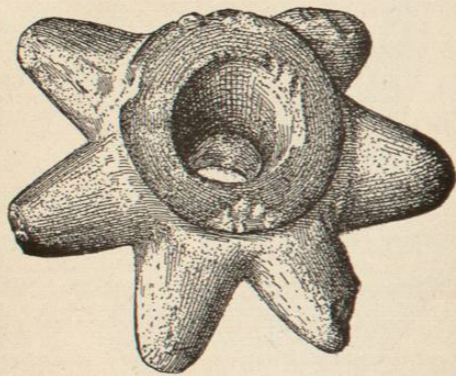


Cabeza de macana, de piedra volcánica, con nudillos realzados. De La Playa, Jalisco. Altura, como 5 cm.

ofendido mucho con una simple negativa. Al principio me parecieron muy codiciosos, pero habiéndose prolongado mi permanencia cuatro semanas, tuve la satisfacción de poderlos juzgar mejor. Las mujeres me contaron cuán difícil les era salir de apuros y cuán ruinosas les resultaban las constantes fiestas, pues sus maridos sólo ganan veinticinco centavos diarios para

cubrir las necesidades de toda la familia. Lo peor de todo era que los hombres á menudo gastaban todo su haber comprando mezcal los domingos, pues los hay tan aficionados á esa bebida que sus mujeres tienen que proveer á la alimentación y vestido de sus hijos y aun que comprar ropa á sus maridos; en una palabra, los indios de Tuxpan parecen atenerse completamente á sus mujeres.

Éstas, además de atender á sus deberes domésticos, trabajan en el campo, cortan leña, etc., y trajinan más que los hombres, aunque tampoco ellos son perezosos, pues



Cabeza de macana, de piedra volcánica, en forma de estrella. De Tuxpan, Jalisco. Anchura, 8 cm.

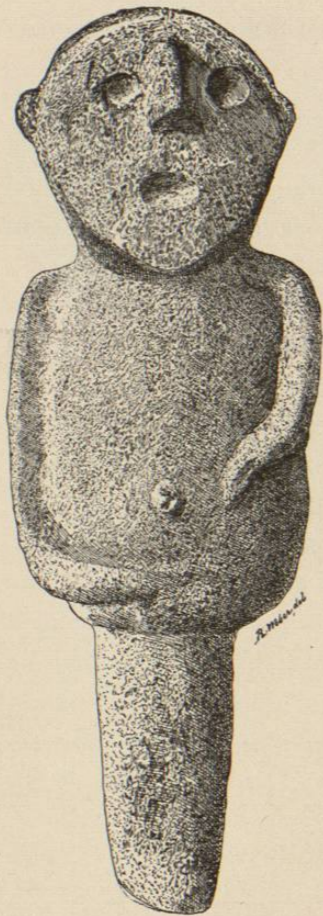
acuden á su trabajo aun enfermos de intermitentes y neumonía. El término medio de la mortalidad entre los indios es mayor allí que entre los mexicanos. Observé un muchacho albino en la ciudad.

Cuando entra uno en las casas de Tuxpan, queda siempre agradablemente sorprendido ante un patio plantado con sementeras de maíz y árboles frutales, y á menudo embellecido con flores. Aquí se ve el pozo, y acullá se mira con frecuencia un destilador para la fabricación del mezcal, producto principal de la comunidad. Todos los jueves se dirigen por lo menos trescientos individuos á Zapotlán para vender su aguardiente y sus legumbres y frutas. Les gusta el comercio y extienden su tráfico hasta Colima, Sayula, y Guadalajara, pero rara vez para el interior, regresando cargados de pescado seco, sal y loza de barro. Frecuentemente van muchos á vivir algunos días á la orilla del mar, pero vuelven siempre á su tierra.

Las casas en que habitan los indios duran tanto como sus dueños, si no más. Muertos ellos, se divide la propiedad entre los hijos, surgiendo siempre con ello desavenencias. La mayor parte de los hijos son rebeldes á dar ninguna participación de la herencia á sus hermanas, siendo que conforme la legislación mexicana las mujeres gozan de iguales derechos que los hombres. Las hijas inmediatamente acuden á los abogados para interponer demanda contra sus hermanos, y casi siempre ambas partes consumen todo el legado en pleitos. Todos son notablemente aficionados á las cuestiones judiciales y son capaces de gastar un centenar de pesos porque sus abogados debatan un derecho de propiedad que no vale arriba de diez.

No viven muchos mexicanos en Tuxpan. El alcalde, indio de raza pura, el hombre más rico de la ciudad, quien posee como unos \$10,000, va en calzón blanco y descalzo al mercado á vender calabaza cocida, maíz y frijol. Su

hijo es aficionado á montar y usa una buena chaqueta. El alcalde es de muy buen corazón, y presta dinero sin interés, á indios y mexicanos, con garantía hipotecaria.



Ídolo de piedra antiguo con base. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura, de cerca de 45 cm.

Hay, por supuesto, otros indios acomodados en Tuxpan. Las mujeres de una familia indígena civilizada poseían collares y brazaletes de oro, usaban zapatos de charol y tenían una casa agradablemente amueblada, con alfombras y sillas mecedoras, aunque nunca las usaban, pues los indios pronto se cansan de sentarse en una silla, y al cuarto de hora de estar en ella, se ponen en cuclillas sobre el suelo para descansar.

Entre los aztecas de la localidad hay muchos escultores inteligentes que hacen muy buenas imágenes de santos. Los hombres se dedican con especialidad á la carpintería, habilidad que considero general de las tribus indígenas, como pasa, por ejemplo, con los tarahumares. Lo más notable es que los mexicanos mestizos y aun los de pura sangre india son comúnmente muy malos carpinteros.

Han empleado por muy largo tiempo sus facultades en otras cosas. Tal sucede especialmente con los arrieros. Es un hecho, sin embargo, que no he conocido ningún mexicano, á menos que no fuese carpintero, que pudiera clavar cajones, pues

nunca hundían los clavos derechos ni emparejaban bien las tablas.

Los indios de Tuxpan son más inteligentes para obras de construcción, que como zapateros ó herreros. Se distinguen también en la fabricación de cohetes, á cuyo efecto compran el azufre para la pólvora, pero se proveen por sí mismos de carbón y salitre. Día y noche los encienden en honor de algún santo ó con cualquiera otro motivo



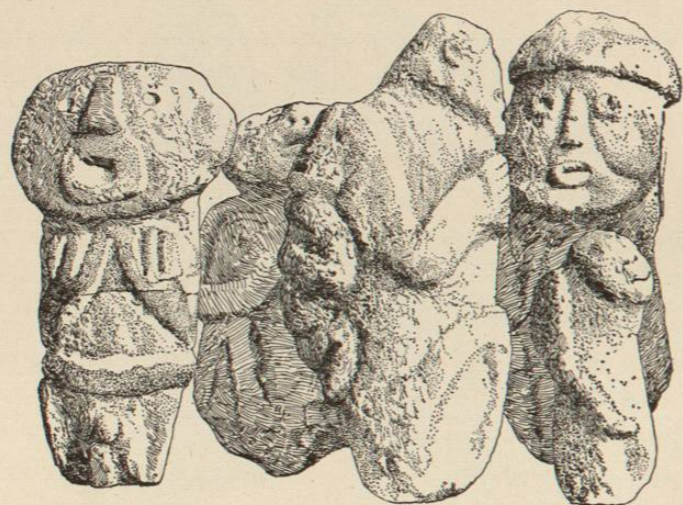
Antiguos ídolos de piedra. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura del mayor, 45.5 cm.

El padre del lugar calculaba que el consumo de cohetes excedía de dos mil pesos al año. Como difícilmente podía yo sufrir aquel tronar incesante, me atreví á protestar alegando que á la Virgen no podía gustarle tanto estrépito; pero mi argumento no los convenció: ellos la conocían mejor.

Los miembros de las familias se tienen afecto, pero es una especie de cariño utilitario. El padre y la madre, cuando envejecen y no pueden trabajar, tienen que salir á pedir limosna á los *quistianos* (cristianos). Fotografíe á una mujer que era como de cien años y tenía dos hijas

y muchos nietos, pero que hacía veinte años necesitaba mantenerse de la mendicidad.

Las solteras usan una pulsera en el brazo derecho y un grueso anillo de plata en el dedo de enmedio de la mano derecha, mientras que las casadas llevan una pulsera en cada brazo y anillo en los dos dedos del corazón. Los jóvenes de Tuxpan cargan bajo sus ceñidores colibríes secos para tener buena suerte en sus amores. Muchos rancheros



Antiguos ídolos de piedra. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura del mayor, 50 cm.

mexicanos creen en el poder de este amuleto, y he visto dichos pájaros á la venta en los mercados de Guadalajara.

Otro amuleto que los rancheros de Durango y Jalisco han adoptado de los indios es el colmillo de víbora. Los coras lo envuelven en una hoja de encina y lo llevan bajo la faja. Los mestizos de dichos Estados emplean el veneno mismo del reptil como afrodisíaco que dan secretamente á la mujer á quien desean cautivar.

Noté que los indios que me visitaban, aun con cierta frecuencia, no aceptaban lo que les ofrecía de comer, excusándose invariablemente. Pude sólo conjeturar que

sus negativas provenían del temor de que fuese á darles algún veneno. Aseguráronme que las mujeres disgustadas con su marido ó su amante, les dan á veces veneno en la comida ó el vino.

Ambos sexos son hasta cierto punto lascivos, y tanto los hombres como las mujeres tienen amantes. Con todo, son muy celosos en cuanto á los deberes matrimoniales, y con frecuencia apalean los maridos á sus mujeres por sospechas. Por extraño que parezca, las mujeres no protestan contra esto, sino que más bien lo toman como prueba de amor, y si la ocasión lo requiere, llega la mujer á decirle á su marido: "Ya no me pegas. Tal vez has dejado de quererme!" Esta particularidad se observa también en la clase ínfima de la ciudad de México, que son de la misma raza. Reprochaba una vez cierto señor á su portero que golpease á su mujer, y ésta que lo oía, volvióse hacia su defensor diciéndole con altivez que su marido tenía perfecto derecho para pegarle. Corren multitud de anécdotas á este respecto entre los aztecas y tarascos.

Cuando un hombre se casa tiene que permanecer un año con su suegro para ayudarlo. Como regalo de bodas, es costumbre que el novio dé veinticinco pesos á la novia para que los invierta como guste en comprar algodón para hacer tejidos; maíz para hacer tortillas; legumbres, flores, etc., y que vaya á la plaza á vender su mercancía. En cuanto al novio, recibe de ella una camisa ó una faja hechas por sus manos.

La mujer próxima á dar á luz, tiene primero que tomar un baño. En lo demás no parece que el alumbramiento incomode mucho á las madres aztecas. Una *naturala*, como suelen llamar á las indias, fue una vez al río, distante como milla y media de Tuxpan y á bastante profundidad de la barranca, para lavar. Estando allí le nació su hijo como al medio día; pero cuando hubo concluido su trabajo, volvióse en la misma tarde á su casa con